

## **HOMILÍA SOBRE EL MIEDO A LA MUERTE**

Catálogo de Títulos Cortos 13675. Textos electrónicos del Renacimiento 1.1.  
copyright 1994 Ian Lancashire (ed.) Universidad de Toronto

### **UNA EXHORTACIÓN CONTRA EL MIEDO A LA MUERTE**

No es de extrañar que los hombres mundanos teman morir. Porque la muerte les priva de todos los honores, riquezas y posesiones mundanas, en cuya fruición el hombre mundano se considera feliz, mientras pueda disfrutar de ellos como su propio placer; y de lo contrario, si es desposeído de los mismos, sin esperanza de recuperación, entonces no puede pensar en sí mismo de otra manera, sino que es infeliz, porque ha perdido su alegría y placer mundanos. Ay, piensa este hombre carnal, ¿habré de alejarme ahora para siempre de todos mis honores, de todos mis tesoros, de mi país, de mis amigos, de mis riquezas, de mis posesiones y de los placeres mundanos, que son mi alegría y el deleite de mi corazón? Ay de que llegue el día en que deba despedirme de todo esto de una vez, y no volver a disfrutar de nada de ello. Por eso, no sin gran motivo dice el sabio: "Oh, la muerte, ¿qué amargo y desagradable es el recuerdo de ti para un hombre que vive en paz y prosperidad en sus bienes, para un hombre que vive a gusto, que lleva su vida según su propia mente sin problemas, y que está en todo bien consentido y alimentado (Eclesiástico 41.1)? Hay otros hombres a los que este mundo no les sonríe tanto, sino que más bien los veja y los oprime con la pobreza, la enfermedad o cualquier otra adversidad, y sin embargo temen la muerte, en parte porque la carne aborrece naturalmente su propia y dolorosa condición, siendo amenazados constantemente por la muerte, y en parte por las enfermedades y los dolores, que son los más fuertes dolores y agonías en la carne, y suelen venir a enfermar a los hombres antes de la muerte, o al menos acompañan a la muerte, cuando ésta llega.

Aunque estas dos causas parezcan grandes y pesadas para un hombre mundano, por las cuales se le motiva a temer la muerte, sin embargo, hay otra causa mucho mayor que cualquiera de las antes mencionadas, por la cual en verdad tiene una causa justa para temer la muerte, y es el estado y la condición a la que al final la muerte lleva a todos los que tienen sus corazones fijos en este mundo, sin arrepentimiento y enmienda. Este estado y condición se llama la segunda muerte, que a todos los tales les sobrevendrá después de esta muerte corporal. Y esta es la muerte que debe ser temida, porque es una pérdida eterna, sin remedio, de la gracia y el favor de Dios, y de la alegría, el placer y la felicidad eternos. Y no sólo es la pérdida para siempre de todos estos placeres eternos, sino también la condena del cuerpo y del alma (sin apelación ni esperanza de redención) a dolores eternos en el infierno. A este estado la muerte envió al piadoso mendigo y al hombre rico (del que habla Lucas en su Evangelio, Lucas 16.19-23), que viviendo en toda la riqueza y el placer de este mundo, y cuidando de sí mismo todos los días con comida delicada, y ropa gloriosa, despreció al pobre Lázaro, que yacía lamentable a su puerta, miserablemente plagado y lleno de llagas, y también penosamente herido de hambre. Ambos fueron capturados por la muerte, enviando a Lázaro, el pobre miserable, por medio de los ángeles, al seno de Abraham, un lugar de descanso, placer y consuelo; pero el despiadado hombre rico descendió a los infiernos, y

estando en tormentos, clamó por consuelo, quejándose de la intolerable pena que sufría en aquella llama de fuego, pero era demasiado tarde. Así pues, la muerte corporal envía a este lugar a todos los que en este mundo tienen su alegría y felicidad, a todos los que en este mundo son infieles a DIOS, y poco caritativos con sus vecinos, muriendo así sin arrepentimiento y sin esperanza de la misericordia de DIOS. Por lo tanto, no es maravilloso que el hombre mundano tema a la muerte, pues tiene muchos más motivos para hacerlo que para aceptarla.

La primera. Así vemos tres causas por las que los hombres mundanos temen la muerte. Una, porque con ella perderán sus honores mundanos, riquezas, posesiones y todos los deseos de su corazón.

La segunda. Otra, por las dolorosas enfermedades y los amargos dolores que comúnmente sufren los hombres, ya sea antes o en el momento de la muerte.

La tercera, pero la causa principal, por encima de todas las demás, es el temor al miserable estado de condenación eterna, tanto del cuerpo como del alma, que temen que les seguirá después de abandonar los placeres mundanos de esta vida presente.

Por estas causas, todos los hombres mortales (que se entregan al amor de este mundo) están en temor y viven en estado de muerte por el pecado (como dice el santo Apóstol, Hebreos 2.15) mientras vivan aquí en este mundo: Pero (gracias eternas a DIOS Todopoderoso) no hay ninguna de estas causas, ni siquiera todas ellas, que pueda hacer que un verdadero hombre cristiano tenga miedo de morir (ya que él mismo es miembro de Cristo, el Templo del Espíritu Santo, 1 Corintios 3. 16, hijo de Dios y heredero del reino eterno de los cielos), sino que, por el contrario, concibe grandes y numerosas causas, basadas sin duda en la verdad infalible y eterna de la palabra de Dios, que no sólo le induce a rechazar el temor a la muerte corporal, sino también a desecharla, esperarla y anhelarla de corazón, por los múltiples beneficios y las singulares ventajas que se derivan de ella para todo fiel. Porque la muerte no será para él ninguna muerte, sino una liberación de la muerte, de todos los dolores, preocupaciones y penas, miserias y desdichas de este mundo, y la entrada misma en el descanso, y un comienzo de la alegría eterna, un disfrute de los placeres celestiales, tan grandes, que ni la lengua es capaz de expresar, ni los ojos de ver, ni los oídos de oír, ni el corazón de ningún hombre terrenal de concebirlos. Son tan grandes los beneficios que DIOS, nuestro Padre celestial, por su misericordia y por el amor de su Hijo Jesucristo, ha almacenado y preparado para los que se someten humildemente a ÉL y lo aman sin reservas desde el fondo de su corazón. Y debemos creer que la muerte, al ser asesinada por Cristo, no puede mantener a ningún hombre que confíe firmemente en el Señor, bajo su tiranía y sujeción perpetuas, sino que resucitará de la muerte a la gloria en el último día, designado por Dios Todopoderoso, como Cristo, nuestra cabeza, resucitó de nuevo, de acuerdo con la designación de Dios, el tercer día. Porque S. Agustín dice: La cabeza va delante, los miembros confían en seguir y venir después. Y S. Pablo dice: Si Cristo ha resucitado de entre los muertos, nosotros también resucitaremos de entre los mismos. Y para consolar a todos los cristianos en esto, la Sagrada

Escritura llama a esta muerte corporal un sueño, en el que los sentidos del hombre son (por así decirlo) arrebatados por un tiempo, y sin embargo, cuando se despierta, está más fresco que cuando se acostó. Así, aunque nuestras almas estén separadas de nuestros cuerpos por un tiempo, en la resurrección general estaremos más frescos, bellos y perfectos que ahora. Porque ahora somos mortales, entonces seremos inmortales; ahora infectados con diversas enfermedades, entonces claramente vacíos de todas las enfermedades mortales; ahora estamos sujetos a todos los deseos carnales, entonces seremos todos espirituales, no deseando nada más que la gloria de DIOS, y las cosas eternas. Así, esta muerte corporal es una puerta o entrada a la vida, y por lo tanto no es tan temible (si se considera correctamente) como confortable, no como un mal, sino un remedio para todos los males, no es un enemigo, sino un amigo, no es un tirano cruel, sino un guía suave que no nos lleva a la mortalidad, sino a la inmortalidad, no a la tristeza y al dolor, sino a la alegría y al placer, y esto durará para siempre, si se toma y se acepta con agradecimiento como mensajero de Dios, y se soporta pacientemente por el amor de Cristo, que sufrió la muerte más dolorosa por nuestro amor, para redimirnos de la muerte eterna. De acuerdo con esto, San Pablo dice que nuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Colosenses 3.3-4): pero cuando nuestra vida aparezca, entonces también apareceremos con él en la gloria. ¿Por qué, pues, hemos de temer la muerte, teniendo en cuenta las múltiples y confortables promesas del Evangelio y de las Sagradas Escrituras? DIOS el Padre nos ha dado vida eterna (dice S. Juan) a vosotros que creéis en el Nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna (1 Juan 5.11-13) y que creéis en el Nombre del Hijo de Dios. Y nuestro Salvador Cristo dice: El que cree en mí tiene vida eterna, y yo lo resucitaré de la muerte a la vida en el último día (Juan 6.40): S. Pablo también dice que Cristo es ordenado y hecho por DIOS nuestra justicia, santidad y redención, para que el que se gloríe se gloríe en el Señor (1 Corintios 1.30-31). S. Pablo despreció y puso a un lado todas las demás cosas, considerándolas como algo que antes tenía a un precio muy alto, esto con el fin de ser hallado en Cristo, para tener vida eterna, verdadera santidad, justicia y redención (Filipenses 3.8-9). Finalmente, S. Pablo hace un argumento claro en este sentido. Si nuestro Padre celestial no perdonó a su propio Hijo unigénito, sino que lo entregó a la muerte por nosotros, ¿cómo puede ser que con Él no nos dé todas las cosas (Romanos 8.32)? Por lo tanto, si tenemos a Cristo, entonces tenemos con Él, y por Él, todas las cosas buenas que podemos desear en nuestros corazones, como la victoria sobre la muerte, el pecado y el infierno: tenemos el favor de Dios, la paz con él, la santidad, la sabiduría, la justicia, el poder, la vida y la redención, tenemos por Él la salud perpetua, la riqueza, la alegría y la bendición eterna.

## SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN CONTRA EL TEMOR A LA MUERTE.

Ya os hemos explicado que hay tres causas por las que los hombres suelen temer a la muerte. La primera, la tristeza de dejar los bienes y placeres mundanos. La segunda, el temor a los dolores que vienen con la muerte. La última y principal causa es el horrible temor a la miseria extrema y a la condenación perpetua en el tiempo venidero. Sin embargo, ninguna de estas tres causas perturba a los hombres de

bien, porque se mantienen por la verdadera fe, la perfecta caridad y la segura esperanza del interminable gozo y la bendición eterna.

Por lo tanto, todos aquellos que se alegren por Cristo con la verdadera fe, la esperanza firme y la perfecta caridad, y que no temen a la muerte ni a la condenación eterna, tienen un gran motivo de alegría. Porque la muerte no puede privarles de Jesucristo, ni ningún pecado puede condenarles a todos aquellos que están injertados con seguridad en Él, que es su única alegría, tesoro y vida. Arrepintámonos de nuestros pecados, enmendemos nuestras vidas, confiemos en su misericordia y satisfacción, y la muerte no podrá apartarlo de nosotros, ni a nosotros de Él. Porque entonces (como dice San Pablo) ya sea que vivamos o muramos, del Señor somos. Y también dice que Cristo murió y resucitó, porque debía ser el Señor tanto de los muertos como de los vivos. Entonces, si somos propiedad del Señor cuando estamos muertos, debe seguirse que esa muerte temporal no sólo no puede perjudicarnos, sino que también será de mucho provecho para nosotros y nos conducirá a gozarnos más con Dios. Y esto es lo que el corazón cristiano puede certificar por la verdad infalible de las Sagradas Escrituras. Es DIOS (dice S. Pablo) quien nos ha preparado para la inmortalidad, y el mismo es quien nos ha dado las arras del Espíritu (2 Corintios 5.5). Por lo tanto, estemos siempre tranquilos, porque sabemos que mientras estemos en el cuerpo, estaremos (por así decirlo) lejos de Dios en un país extraño, sometidos a muchos peligros, caminando sin la perfecta visión y conocimiento de Dios Todopoderoso, sólo viéndolo por la Fe en las Sagradas Escrituras. Pero tenemos el valor y el deseo de estar en casa con Dios y con nuestro Salvador Cristo, lejos del cuerpo, donde podamos contemplar su Divinidad tal como es, cara a cara, para nuestro eterno consuelo. Estas son las palabras de San Pablo en efecto, por las cuales podemos percibir que la vida en este mundo, se asemeja y se compara a una Peregrinación en un país extraño, lejos de Dios, y que la muerte, liberándonos de nuestros cuerpos, nos envía directamente a casa en nuestro propio país, y nos hace morar inmediatamente con Dios para siempre, en el descanso y la tranquilidad eterna: De modo que morir, no es una pérdida, sino un beneficio y una ganancia para todos los verdaderos cristianos. ¿Qué perdió el hombre que fue colgado en la cruz con Cristo, por su muerte corporal? ¿No le dijo nuestro Salvador: hoy estarás conmigo en el Paraíso? Y a Lázaro, aquel lamentable personaje que yacía ante la puerta de los ricos, dolorido por las llagas y hambriento, ¿no le benefició y promovió mucho la muerte, que por el ministerio de los ángeles fue conducido al seno de Abraham, lugar de descanso, alegría y consuelo celestial (Lucas 16.22)? No pensemos en otra cosa (buen pueblo cristiano) sino en que Cristo ha preparado y dispuesto antes, el mismo gozo y la misma felicidad para nosotros, que preparó para Lázaro y el hombre que fue colgado en la cruz. Por lo tanto, adhirámonos a su salvación y a su bondadosa redención, y obedezcamos su palabra, sirvámosle de corazón, amémosle y obedezcámosle, y todo lo que hayamos hecho hasta ahora en contra de su santísima voluntad, arrepintámonos a tiempo, y reflexionemos de ahora en adelante para corregir nuestra vida: y no dudes que lo encontraremos tan misericordioso con nosotros, como lo fue con Lázaro o con el ladrón, cuyos ejemplos están escritos en la Sagrada Escritura para consuelo de los pecadores y sujetos a las penas, miserias y calamidades de este mundo, para que no desesperen de la misericordia de Dios,

sino que confíen siempre en tener el perdón de sus pecados y la vida eterna, como lo tuvieron Lázaro y el ladrón. Por lo tanto, confío en que todo cristiano perciba, por la palabra infalible de Dios, que la muerte corporal no puede dañar ni obstaculizar a los que verdaderamente creen en Cristo, sino que, por el contrario, beneficiará y promoverá a las almas cristianas, las cuales, verdaderamente arrepentidas de sus ofensas, parten de allí con perfecta caridad y con la segura confianza de que Dios es misericordioso con ellas, perdonándoles sus pecados, por los méritos de Jesucristo, su Unigénito Hijo.

La segunda causa por la que algunos temen la muerte. La segunda causa por la que algunos temen a la muerte, es la enfermedad grave y los dolores agudos, que en parte vienen antes de la muerte, y en parte acompañan o vienen con la muerte, cuando ésta llega. Este temor es el temor de la carne frágil, y una pasión natural que pertenece a la naturaleza de un hombre mortal. Pero la verdadera fe en las promesas de Dios, y la consideración de las penas y los dolores que Cristo sufrió en la cruz por nosotros, miserables pecadores, junto con la consideración del gozo y la vida eterna que vendrán en el cielo, mitigarán y aliviarán esas penas, y moderarán o reducirán este temor, de modo que nunca podrá anular el deseo y la alegría de corazón que tiene el alma cristiana de ser separada de este cuerpo corrupto, para llegar a la sublime presencia de nuestro Salvador Jesucristo. Si observamos firmemente la palabra de Dios, percibiremos que estas enfermedades corporales, los dolores de la muerte, o cualquier otro dolor que suframos, ya sea antes o después de la muerte, no son más que la vara de nuestro Padre celestial y amoroso, con la que nos corrige misericordiosamente, ya sea para probar y declarar la fe de sus pacientes hijos, para que sean encontrados loables, gloriosos y honorables a sus ojos, cuando Jesucristo se muestre abiertamente como el Juez de todo el mundo, o bien para castigar y enmendar en ellos todo lo que ofende su bondad paternal y bondadosa, para que no perezcan eternamente. Y esta vara correctora es común a todos los hombres que son verdaderamente suyos. Por lo tanto, despojémonos de la carga de pecado que pesa demasiado en nuestros cuellos, y volvamos a DIOS por medio de la verdadera penitencia y la enmienda de nuestras vidas, corramos con paciencia este curso que se aplica, sufriendo (por su causa, siendo que murió por nuestra salvación) todas las penas y los dolores de la muerte, y la muerte misma con alegría, cuando DIOS nos la envíe, teniendo nuestros ojos fijos y fijados siempre en la cabeza y el Capitán de nuestra fe, Jesucristo: quien, considerando el gozo que le esperaba, no se preocupó de la vergüenza ni de la pena de muerte, sino que, conformando y ajustando voluntariamente su voluntad a la de su Padre, sufrió pacientemente la más vergonzosa y dolorosa muerte de cruz, siendo inocente e inofensivo (Filipenses 2. 8). Por eso, ahora está exaltado en el cielo y sentado eternamente a la derecha del trono de Dios Padre. Recordemos, pues, la vida y las alegrías del cielo, que se guardan para todos los que pacientemente sufren aquí con Cristo, y consideremos que Cristo sufrió toda su dolorosa pasión por los pecadores y para los pecadores: y entonces sufriremos con paciencia y más fácilmente tales penas y dolores, cuando vengan. No pongamos a la luz el castigo del Señor, ni le tengamos rencor, ni nos alejemos de Él, cuando de Él seamos corregidos; porque el Señor ama a los que corrige, y golpea a todos los que tiene por hijos ¿Qué hijo es aquel (dice San Pablo)

a quien el Padre ama y no castiga? Si no tenéis la corrección de Dios (que tienen todos sus hijos amados y verdaderos), entonces no sois más que bastardos, mal considerados por Dios, y no sus verdaderos hijos (Hebreos 12.6, 8).

Por lo tanto, viendo que cuando tenemos en la tierra a nuestros padres carnales para que nos corrijan, les tememos y aceptamos con reverencia su corrección, ¿no estaremos mucho más sujetos a DIOS, nuestro Padre espiritual, por quien tendremos la vida eterna? Y nuestros padres carnales a veces nos corrigen como mejor les parece, o sin causa; pero este Padre nos corrige justamente, ya sea por nuestro pecado, para que nos enmendemos, o por nuestra confortabilidad y enriquecimiento, para hacernos así partícipes de su santidad. Además, toda la corrección que Dios nos envía en este tiempo, parece no tener alegría y consuelo, sino pena y dolor, pero trae consigo una muestra de la misericordia y la bondad de Dios, hacia los que son corregidos, y una esperanza segura de la consolación eterna de Dios en el cielo. Si estos dolores, enfermedades y quebrantos, y también la muerte en sí misma, no son otra cosa que la vara de nuestro Padre celestial, por la que nos certifica su amor y su bondadoso favor, por la que nos prueba y purifica, por la que nos da la santidad, y nos certifica que somos sus hijos, y él nuestro Padre misericordioso: ¿no deberíamos, pues, con toda humildad, como hijos obedientes y amorosos, aceptar con alegría la vara de nuestro Padre celestial, y decir siempre en nuestro corazón, con nuestro Salvador Jesucristo, Padre, si esta angustia y dolor que siento, y la muerte que veo acercarse no pueden pasar, que se haga tu voluntad y no la mía?

### TERCERA PARTE DEL SERMÓN DEL MIEDO A LA MUERTE.

En este Sermón contra el miedo a la muerte, se declararon dos causas que comúnmente hacen que los hombres mundanos tengan mucho miedo a la muerte, y sin embargo las mismas no molestan a los fieles y buenos hijos cuando llega la muerte, sino que más bien les da ocasión de regocijarse grandemente, considerando que serán liberados de la pena y la miseria de este mundo, y serán llevados al gran gozo y la felicidad de la vida venidera.

La tercera causa por la que hay que temer la muerte. Ahora bien, la tercera y específica causa por la que se debe temer la muerte en sí misma, es el estado miserable de las personas mundanas e impías después de su muerte; pero ésta no es causa alguna por la que las personas piadosas y fieles deban temer la muerte, sino que, por el contrario, su tránsito piadoso en esta vida, y la creencia en Cristo, aferrándose continuamente a sus misericordias, deben hacer que anhelan esa vida, que les será entregada indudablemente después de esta muerte corporal. De este estado inmortal, (después de esta vida transitoria) donde viviremos para siempre en la presencia de Dios, en gozo y descanso, después de haber vencido todas las enfermedades, penas, pecados y muerte: hay muchos lugares comunes de la Sagrada Escritura, que confirman la conciencia débil contra el temor de todos esos dolores, enfermedades, pecados y muerte corporal, para traernos seguridad frente a ese temor angustiante e impío, y para alentarnos con el consuelo y la esperanza de un estado bendito después de esta vida. S. Pablo desea a los Efesios que DIOS,

el Padre de la gloria, les dé el Espíritu de sabiduría y revelación, para que los ojos de sus corazones vivan para conocerle, y para que perciban las grandes cosas a las que les ha llamado, y la rica herencia que ha preparado después de esta vida, para los que permanezcan en Él (Efesios 1.17-18). Y el mismo San Pablo declara el deseo de su corazón, que era ser disuelto y desprendido de su cuerpo, y estar con Cristo, lo cual como dijo, era mucho mejor para él, aunque para ellos era más necesario que él viviera, lo que no rechazó, por el bien de ellos, Filipenses 1.23-24. Incluso, como dijo San Martín: "Buen Señor, si soy necesario para que tu pueblo haga el bien, no me negaré a trabajar; de otra forma te ruego que por mi propio bien tomes mi alma".

Ahora bien, los santos Padres de la antigua ley, y todos los hombres fieles y justos que partieron antes de la ascensión de nuestro Salvador Cristo al cielo, se apartaron por medio de la muerte de los problemas al descanso, de las manos de sus enemigos, a las manos de DIOS, de las penas y las enfermedades, al gozoso refrigerio en el seno de Abraham, un lugar de toda comodidad y consuelo, como lo atestiguan claramente las Escrituras con palabras manifiestas. El libro de la sabiduría dice que las almas de los hombres justos están en la mano de Dios, y que ningún tormento los tocará (Sabiduría 3.1, 3). A los ojos de los insensatos les parecía que iban a morir, y su muerte se consideraba miserable, y su salida de este mundo vergonzosa, pero en verdad están en reposo. Y en otro lugar se dice que los justos vivirán para siempre, y que su recompensa está con el Señor, y que sus mentes están con DIOS, que está por encima de todo: por lo tanto, recibirán un reino glorioso, y una hermosa corona de la mano del Señor. Y en otro lugar el mismo libro dice: el justo, aunque muera antes de tiempo, sin embargo, tendrá descanso (Sabiduría 4.7). Las palabras de Cristo sobre el seno de Abraham son tan claras que un cristiano no necesita más pruebas de ello. Ahora bien, si éste era el estado de los santos Padres y de los hombres justos antes de la venida de nuestro Salvador, y antes de que fuera glorificado, ¿cuánto más debemos tener todos nosotros una fe firme y una esperanza segura de este estado y condición benditos después de nuestra muerte? Viendo que nuestro Salvador ha realizado ahora toda la obra de nuestra redención, y ha ascendido gloriosamente al cielo, para preparar nuestras moradas con Él, y dijo a su Padre: Padre, quiero que donde yo esté, mis servidores estén conmigo (Juan 17.24). Y sabemos que todo lo que Cristo quiere, su Padre lo quiere también, por lo que no puede ser de otra forma, si somos sus fieles servidores, tenemos la seguridad de que nuestras almas estarán con Él, después de nuestra salida de esta vida presente. San Esteban, cuando fue apedreado hasta la muerte, incluso en medio de sus tormentos, ¿Qué era lo que más le preocupaba? cuando estaba lleno del Espíritu Santo (dice la Sagrada Escritura), alzando los ojos al cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios. Lo cual es cierto, después de haberlo confesado audazmente ante los enemigos de Cristo, quienes lo sacaron de la Ciudad, y allí lo apedrearón, de tal forma que él clamó a DIOS, diciendo: Señor Jesucristo, toma mi espíritu (Hechos 7.55, 59). ¿Y no dice claramente nuestro Salvador en el Evangelio de San Juan: En verdad, en verdad os digo que el que oye mi palabra y cree en el que me envié, tiene vida eterna y no entra en juicio, sino que pasará de la muerte a la vida (Juan

5.24)? ¿No pensamos entonces que esa muerte es preciosa, por la cual pasamos a la vida?

Por lo tanto, es un dicho verdadero del Profeta, La muerte de los hombres santos y justos, es preciosa a los ojos del Señor (Salmos 116.15). El santo Simeón, después de haber tenido el deseo en su corazón de ver a nuestro Salvador, deseo que siempre anheló en su vida, lo abrazó y lo tomó en sus brazos, y dijo: Ahora, Señor, déjame ir en paz, porque mis ojos han visto a ese Salvador que has preparado para todas las naciones (Lucas 2.29, 31).

Por lo tanto, es cierto que la muerte de los justos se llama paz, y el beneficio del Señor, como dice la Iglesia, en nombre de los justos que se han ido de este mundo: vuelve oh alma mía a mi reposo, porque el Señor te ha hecho bien (Salmos 116.7). Y vemos por la Sagrada Escritura, y otras historias antiguas de los mártires, que los santos, fieles y justos, desde la ascensión o subida de Cristo, en su muerte no dudaron, sino que fueron a Cristo en Espíritu, que es nuestra vida, salud, riqueza y salvación. Juan, en su santo Apocalipsis, vio a ciento cuarenta y cuatro mil justos, de los que dijo: "Estos son los que siguen al Cordero Jesucristo dondequiera que vaya". Y poco después, en el mismo lugar, dice: "Oí un mensaje del cielo que me decía: "Escribe: felices y benditos son los muertos que mueren en el Señor; desde ahora (dice el Espíritu) descansarán de sus dolores y trabajos, porque sus obras con ellos siguen" (Apocalipsis 14.4, 13), de modo que entonces cosecharán con alegría y consuelo lo que sembraron con trabajos y dolores.

Los que siembran en el espíritu, del espíritu cosecharán la vida eterna. Por tanto, no nos cansemos nunca de hacer el bien, porque cuando llegue el momento de la cosecha o de la recompensa, cosecharemos sin cansancio la vida eterna. Así que, mientras tengamos tiempo (como nos exhorta San Pablo), hagamos el bien a todos los hombres (Gálatas 6.8-10), y no guardemos nuestros tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los corrompen, y donde ladrones minan y hurtan (Mateo 6.19) (como dice Santiago) será testigo contra nosotros en el gran día, nos condenará y atormentará nuestra carne (Santiago 5.3). Por lo tanto, tengamos cuidado (al ofrecer nuestra propia riqueza) de no estar en el número de esos hombres miserables, codiciosos y desdichados, que Santiago ordena llorar y lamentar por su avaricia y su impía posesión de bienes. Seamos sabios a tiempo, y aprendamos a seguir el sabio ejemplo del malvado administrador. Ordenemos tan sabiamente nuestros bienes y posesiones, encomendados a nosotros aquí por DIOS por un tiempo, que podamos verdaderamente escuchar y obedecer este mandamiento de nuestro Salvador Cristo: Ganad amigos (dice Él) por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas (Lucas 16.9). Las riquezas se llaman injustas porque el mundo abusa de ellas hasta la maldad, que por otra parte son los buenos dones de DIOS, y los instrumentos por los que los siervos de DIOS le sirven verdaderamente en el uso de las mismas. Él les ordenó que no se hicieran amigos de las riquezas, que no obtuvieran altas dignidades y ascensos mundanos, que no dieran grandes regalos a los hombres ricos que no tienen necesidad de ellos, sino que se hicieran amigos de los hombres pobres y miserables, a quienes, todo lo que den, Cristo lo toma como si se lo hubieran dado

a sí mismo. Y a estos amigos Cristo, en el Evangelio, les da tan gran honor y preeminencia, que dice: Recibirán en casas eternas a los que les hagan el bien; no es que los hombres sean nuestros galardonadores por nuestro bien, sino que Cristo nos recompensará, y tomará como hecho para sí mismo, todo lo que se haga a tales amigos.

Al hacer de los pobres nuestros amigos, hacemos de nuestro Salvador Cristo nuestro amigo, de quien son miembros: pues la miseria de ellos, Él la toma como su propia miseria, así también los toma para darles socorro, ayuda y alivio, y nos agradecerá y recompensará por nuestra bondad hacia ellos, como si Él mismo hubiera recibido estos beneficio de nuestras manos, como lo atestigua en el Evangelio, diciendo: Todo lo que habéis hecho a cualquiera de estas personas pobres, que creen en mí, eso mismo habéis hecho a mí (Mateo 25. 40). Por lo tanto, preveamos diligentemente que nuestra fe y esperanza que hemos concebido en DIOS Todopoderoso, y en nuestro Salvador Cristo, no desfallezca, ni se enfríe el amor que le profesamos: sino que meditemos diaria y diligentemente para mostrarnos como verdaderos honradores y amantes de DIOS, cumpliendo sus mandamientos, haciendo buenas obras a nuestros vecinos necesitados, aliviando por todos los medios que podamos su pobreza con nuestra abundancia y provisión, su ignorancia con nuestra sabiduría y aprendizaje, y confortando su debilidad con nuestra fuerza y autoridad, llamando a todos los hombres a dejar de hacer el mal con el consejo piadoso y el buen ejemplo, perseverando aún en el buen hacer, mientras vivamos: así que no tendremos que temer a la muerte por ninguna de esas tres causas antes mencionadas, ni por ninguna otra que pueda imaginarse: sino que, por el contrario, considerando las múltiples enfermedades, problemas y penas de esta vida presente, los peligros de este peregrinaje riesgoso, y el gran estorbo que nuestro espíritu tiene por esta carne pecaminosa y cuerpo deshilachado sujeto a la muerte: considerando también las múltiples penas y los peligrosos engaños de este mundo que se encuentra por todas partes, el intolerable orgullo, la codicia y la lujuria, en tiempo de prosperidad, la impaciente murmuración de los mundanos, en tiempo de adversidad, que no cesan de apartarnos y alejarnos de DIOS, de nuestro Salvador Cristo, de nuestra vida, riqueza o gozo y salvación eternos: considerando también los innumerables asaltos de nuestro enemigo espiritual, el Diablo, con todos sus feroces dardos de ambición, orgullo, lujuria, gloria vana, envidia, malicia, detracción o murmuración, con otros sus innumerables engaños, maquinaciones y trampas, por los que anda afanosamente para atrapar a todos los hombres bajo su dominio, siempre como un león rugiente, buscando por todos los medios a quién devorar (1 Pedro 5. 8).

El hombre cristiano fiel que considera todas estas miserias, peligros e incomodidades (a las que está sujeto mientras viva en la tierra) y por otra parte considera ese estado bendito y confortable de la vida celestial por venir, y la dulce condición de los que parten en el Señor, cómo son liberados de los continuos estorbos de su cuerpo mortal y pecaminoso, de todas las maldades, astucias y engaños de este mundo, de todos los asaltos de su enemigo espiritual el Demonio, para vivir en paz, descanso y tranquilidad infinita, para vivir en la comunión de innumerables Ángeles, y con la congregación de hombres justos y santificados,

como los Patriarcas, Profetas, Mártires y Ministros, y finalmente a la presencia de DIOS Todopoderoso, y nuestro Salvador Jesucristo. Aquel que considere todas estas cosas y las perciba con seguridad, como deben ser percibidas, incluso desde el fondo de su corazón, estando establecido en DIOS en esta verdadera fe, teniendo una conciencia tranquila en Cristo, una esperanza firme y una confianza segura en la misericordia de DIOS, a través de los méritos de Jesucristo para obtener esta tranquilidad, descanso y gozo eterno, no sólo estará sin temor a la muerte corporal, cuando ésta llegue, sino que ciertamente (como lo hizo S. Pablo) así lo hará con gusto), deseará con mucho gusto (según la voluntad de Dios, y cuando a Dios le plazca llamarlo a salir de esta vida), librarse de todas estas ocasiones de maldad, y vivir siempre a gusto de Dios (Filipenses 1.23), en perfecta obediencia a su voluntad, con nuestro Salvador Jesucristo, a cuya sublime presencia nos lleva el Señor, por su infinita misericordia y gracia, para que vivamos con Él en la vida eterna; al cual, con nuestro Padre celestial y el Espíritu Santo, sea la gloria y le honor por los siglos de los siglos. Amén.